

El Përça de Plauto

Versión libre: Efraín Cruz

Curso Balbo 2025/2026

PERSONAJES:

LISTONIO – Esclavo joven, enamorado.

SUPLICIUM – Esclavo mayor, cínico y leal.

GETALIÓN – Parásito ocioso, padre de Virtudia.

AMPHORIDISCA – Esclava aguda y perspicaz...y amante del buen beber

CAERMOSINIA – Cortesana culta, libre y sin pelos en la lengua.

PROCAXIUS – Joven esclavo, descarado y animoso.

VERMICULUS – Amo de Suplicium. Avaro, pomposo y ridículamente meticuloso.

RÉMULA – Nieta de Vermiculus. Réмора pegadiza y contable en prácticas

VIRTUDIA – Hija de Getalión, prometida por su padre sin consultarla.

VILIPENDIUS – Rufián viejo, libidinoso y fácilmente engañado.

TRAGICOMIS – Actor trágico, desmesurado y disfrazado.

SENECTA – Ayudante metódica, incrédula y eficiente.

Con la colaboración especial de:

LAS MUSAS DEL INFORTUNIO

La acción transcurre en Atenas.

ESCENA I

LISTONIO, SUPLICIIUM

LISTONIO.- El primero que se enamoró sin una sola moneda se metió en un lío peor que los doce trabajos de Hércules. ¡Y mira que Hércules tenía faena! Que si matar al león, que si la hidra con mil cabezas, que si perseguir un ciervo mágico, luchar con un jabalí gigante, espantar pájaros asesinos... Pues yo te digo que prefiero enfrentarme a todo eso antes que al Amor. Porque esto de ir pidiendo dinero prestado para poder ver a mi chica es una tortura. Y cada vez que se lo pido a alguien, todos me sueltan lo mismo: «Uf, no tengo, lo siento». Eso sí, con una sonrisa como si fueran senadores muy ocupados. Ya ni me esfuerzo: me rechazan más que al cobrador de impuestos.

SUPPLICIIUM.- *(Entra sin ver a Listonio).* Si un esclavo quiere quedar bien con su amo... Prepárate, que eso es más complicado que organizar los juegos del circo tú solo. Un esclavo tiene que tener mil cosas en la cabeza, siempre listo, pensando en cómo complacer a su amo... incluso cuando el amo no está. Y encima sin equivocarte porque, si la lías, adiós espina dorsal. Ahora, yo te digo la verdad: sirvo, sí, pero con pocas ganas. No soy lo que se dice «el esclavo perfecto». Más bien soy como esos trastos viejos del triclinium: feos, pero útiles. Vamos, que, aunque no le caigo bien a mi amo, no le queda otra que contar conmigo. Es como cuando tienes un ojo chungo: te molesta, pero sigue siendo tu ojo y te lo tienes que aguantar. Pues eso soy yo: el ojo chungo del amo.

LISTONIO.- Ahí hay alguien plantado frente a mí, yo diría que es Suplicium

SUPPLICIIUM.- Juraría que ese es el joven Listonio *(se acercan mutuamente, a la vez y con el mismo número de pasos).*

LISTONIO.- Los dioses te bendigan, Suplicium.

SUPPLICIIUM.- Que ellos colmen todos tus deseos. ¿Cómo andas?

LISTONIO.- Con los pies, ¿cómo quieres que ande?

SUPPLICIIUM.- Me refería a cómo estabas.

LISTONIO.- *(con cara de pillado)* Ya lo sabía. Pues como puedo.

SUPPLICIIUM.- ¿Y qué hay de nuevo?

LISTONIO.- Pues ya ves, aquí, viviendo.

SUPPLICIIUM.- Pero ¿satisfecho?

LISTONIO.- Si se me lograsen cumplir mis deseos, sí. Oye, yo te daba por muerto, como no te veía nunca.

SUPPLICIIUM.- He estado ocupado con un asunto.

LISTONIO.- ¿Lo cobraste?

SUPPLICIIUM.- ¡Vaya si lo cobré! Fui ascendido a *tribunus vapulandus*. Turno de noche en el molino, grilletes de gala y zurra diaria con cambio de guardia.

LISTONIO.- ¡Ah, claro! ¡Ascendido en el cuerpo de castigo! ¡Todo un veterano de la azotaina!

SUPPLICIIUM.- ¿Y tú qué? ¿Bien?

LISTONIO.- Más bien tirando a mal.

SUPLICIUM.- Se te nota en la cara.

LISTONIO.- (*muy sentido*) He caído en batalla contra Venus: Cupido me ha clavado una flecha justo en el corazón.

SUPLICIUM.- (*al público*) Pero bueno, ¿es que aquí se enamoran ahora también los esclavos?

LISTONIO.- ¿Y qué quieres que le haga? ¿Llevarles la contraria a los dioses?

SUPLICIUM.- Tú ten cuidado con que no te claven otra flecha... y no de amor, precisamente

LISTONIO.- Bah, ahora mismo celebro las fiestas de la libertad. ¡Soy como un rey!

SUPLICIUM.- ¿Y eso?

LISTONIO.- El amo está fuera.

SUPLICIUM.- ¿Cómo que el amo está fuera?

LISTONIO.- Sí. Si sabes disfrutar, vente a casa. Aquí se vive bien, te trataré como si fueras el cónsul.

SUPLICIUM.- Ay, no. Me duelen las costillas solo de pensarlo. Eso no puede traer nada bueno.

LISTONIO.- Aunque hay algo que me atormenta.

SUPLICIUM.- ¿El qué?

LISTONIO.- Hoy se decide si mi chica consigue la libertad o se queda esclava para siempre con ese rufián de Vilipendius.

SUPLICIUM.- (*cínico*) Y ahora seguro que me vas a pedir algo.

LISTONIO.- (*ilusionado*) Podrías ganarte mi amistad eterna.

SUPLICIUM.- (*aún más cínico*) ¿Y cómo?

LISTONIO.- Préstame 60 denarios. Con eso pago su libertad. Te los devuelvo en dos o tres días. Venga, sé generoso, ayúdame.

SUPLICIUM.- Pero ¿tú te estás escuchando? ¿60 denarios? ¡Ni vendiéndome entero junto con mi túnica sacamos tanto! Eso es como pedirle agua a una piedra pómez.

LISTONIO.- ¿Me vas a dejar así?

SUPLICIUM.- ¿Y qué quieres que haga?

LISTONIO.- Pues lo mismo que te pido a ti: pedirlo prestado a otro.

SUPLICIUM.- Pues hazlo tú también.

LISTONIO.- Ya lo he hecho, pero nada. Todo el mundo me da largas.

SUPLICIUM.- Bueno, lo intentaré. A ver si suena la flauta de Pan.

LISTONIO.- ¿Y cómo suena una flauta de pan? Vamos, que con tanta miga eso tiene que sonar fatal, ¿no?

SUPLICIUM.- Me refiero al dios Pan.

LISTONIO.- (*disimulando*) Ya lo sabía (*cambiando de tema*). Bueno, ¿puedo contar contigo?

SUPLICIUM.- Si lo tuviera, ya te lo habría dado. Soy de los que ayudan, lo sabes.

LISTONIO.- De acuerdo, tú busca, yo haré lo mismo por mi parte con todas mis fuerzas. Luego nos vemos aquí. No te olvides.

SUPLICIUM.- Si encuentro algo, te aviso.

LISTONIO.- (*poniéndose melodramático le da un abrazo suplicante*) Te lo ruego y te lo suplico, no me niegues tu fidelidad y tu ayuda.

SUPLICIUM.- ¡Ay, qué pesado te pones! ¡Me estás dejando sin aire!

LISTONIO.- La culpa no es mía; es de Venus. Un enamorado dice cada tontería.

SUPLICIUM.- Pues yo, por si acaso, me largo (*y efectivamente se va*).

LISTONIO: ¿Ya te vas? Que los dioses te acompañen. Pero vuelve pronto, ¿eh? No me hagas tener que buscarte. Me quedaré en casa, tramando algo contra ese rufián. (*entra en su casa*)

ESCENA II

GETALIÓN

GETALIÓN.- Yo, Getalión, ciudadano romano y orgulloso descendiente de una larguísima estirpe de tragones profesionales, mantengo la gloriosa y tradicional ocupación de mis antepasados: vivir del plato ajeno. Ningún miembro de mi linaje, padre, abuelo, bisabuelo, tatarabuelo, architatarabuelo, requetecontraarchitatarabuelo o cuñado, comió jamás sin arrimarse a la mesa de otro. ¡Somos una dinastía de gorriones! Eso sí, no me va lo de ser delator. Nada de ir por ahí acusando a la gente solo para llevarme el premio. A mí, que me den comida, no pleitos. Pero bah, ¿qué hago yo hablando de leyes, si ya hay senadores que cobran por eso? Lo mío son otras cosas (*se frota las manos, sonriente*). ¡Mejor entro y echo un vistazo a las sobras de anoche! A ver si han dormido bien, si no les ha subido la fiebre, si están bien tapaditas. No vaya a ser que alguien haya querido llevárselas sin permiso...antes que yo, claro (*se dirige hacia la puerta, pero se detiene*). ¡Quietos! Se abre la puerta. Esperemos a ver quién sale. ¡No vaya a escaparse algo delicioso!

ESCENA III

LISTONIO, GETALIÓN

LISTONIO.- (*sale de su casa, se frota las manos con aire maquiavélico*) ¡Ya lo tengo! Un plan redondo para que el rufián suelte a la muchacha y le duela en la bolsa. Pero para eso necesito al más refinado comedor ajeno de la ciudad (*sonríe mirando a un lado*). ¡Los dioses me sonríen, ahí viene el gorrón perfecto! Me haré el despistado y lo atraeré como ratón a un queso (*mirando a la puerta, fingiendo no ver a nadie*). ¡Ea, manos a la obra ahí dentro! ¡Que todo esté listo para cuando vuelva! Tú, mezcla el vino

con miel, y no te olvides de los membrillos: que estén bien calentitos, que al compinche que espero le gusta el aroma a canela.

GETALIÓN.- (*aparte, emocionado*) ¡Ay, ese soy yo! ¡Qué bien me conoce este hombre!

LISTONIO.- Habrá tomado seguro un baño y llegará aquí de un momento a otro.

GETALIÓN.- ¡Qué bien se lo sabe todo punto por punto!

LISTONIO.- Seguro que ya se ha bañado y viene de camino. El pan bien migado, ¿eh?, sin flautas, y las presas, que estén blanditas, no me pongáis nada medio crudo.

GETALIÓN.- (*todavía aparte, con entusiasmo creciente*) ¡Así se habla! Las presas crudas no valen ni medio denario de madera. Y la sopa de pan, si no es espesa como arcilla de alfarero, mejor ni la sirvan. ¡Uno quiere algo que se quede pegado al riñón, no que se escurra como edil de Festejos en día de juegos públicos!

LISTONIO.- (*pausa dramática, finge escuchar*) ¿Cómo? ¿Quién anda por ahí?

GETALIÓN.- (*entrando, brazos abiertos*) ¡Oh tú, mi Júpiter terrenal! ¡Tu socio de festines te saluda!

LISTONIO.- ¡Getalión! ¡Vienes más a punto que el perejil en el garum!

GETALIÓN.- ¡No, no, hoy no soy Getalión! Hoy soy... Máximo. Máximo Famelicus, devorador de sobras y destructor de fuentes.

LISTONIO.- No te apures, que ya comerás; ahí dentro están preparándote los restos de anoche; he dado orden de que calentaran las sobras.

GETALIÓN.- Pero el jamón se puede servir frío al día siguiente

LISTONIO.- Las cosas claras y el jamón, frío. Así lo he ordenado.

GETALIÓN.- ¿Queda salsa de garum?

LISTONIO.- ¡Por todos los dioses, claro que sí!

GETALIÓN.- ¡Sabía yo que tú no te privabas de nada!

LISTONIO.- Oye, ¿te acuerdas de lo que te dije ayer?

GETALIÓN.- ¿Lo del congrio y la morena? Que mejor fríos, para que no se deshagan. ¡Por supuesto!

LISTONIO.- No, no, lo otro. Lo de los 60 denarios.

GETALIÓN.- ¡Ah, eso! Pues claro que me acuerdo: tú me los pediste, y yo sigo sin tenerlos. Un buen gorrón con dinero es como un vino rancio: pierde la gracia. El gorrón de verdad, el de linaje, como yo, debe vivir como los filósofos cínicos: con su aceitera, su rascador, su zurrón... y lo justo para aguantar el estómago.

LISTONIO.- Calla y escucha, hombre. Ya no quiero dinero. Quiero que me prestes a tu hija.

GETALIÓN.- (*vigilante*) Oye, que hasta ahora no se la he prestado a nadie, ¿eh?

LISTONIO.- ¡Que no es para lo que piensas! Escúchame.

GETALIÓN.- ¿Y entonces para qué la quieres?

LISTONIO.- Porque es guapa, refinada... y el rufián al que quiero engañar no os conoce ni a ella ni a ti. Con un poco de teatro, podemos sacarle el dinero que necesito.

GETALIÓN.- Engañar a rufianes es mi segundo pasatiempo favorito.

LISTONIO.- Entonces tienes que permitirme que venda a la chica.

GETALIÓN.- (*entendiendo por encima el plan*) Ah, ¿te refieres a fingir que es esclava?

LISTONIO.- Exacto. Pero no la venderé yo directamente. Llamaremos a otro que se haga pasar por un forastero. Ese rufián apenas lleva medio año en la ciudad, es nuevo, no sospechará nada.

GETALIÓN.- Mira, me rugen las tripas, eso lo podemos hablar luego (*le señala hacia la casa y se frota el estómago*).

LISTONIO.- ¡Pues no pruebas bocado hasta que me digas si aceptas o no! Y, si no, no te volveré a guardar las sobras. Y no me va a temblar el pulso.

GETALIÓN.- (*pausa dramática, teatral*) ¡Listonio! Si hace falta, véndeme a mí también, pero que no sea en ayunas, por favor.

LISTONIO.- ¡Así me gusta! Entonces, ve rápido a casa. Prepara a tu hija, explícale bien la historia: que viene de lejos, que fue secuestrada, que sus padres eran nobles... Y que lllore un poco, por favor, que eso ablanda corazones.

GETALIÓN.- Tú tranquilo, que ella es tres veces más lista de lo que tú necesitas.

LISTONIO.- Perfecto. Tú ve a por tu hija, que del vendedor falso ya me encargo yo. Y del disfraz también: túnica, clámide, sombrero... Todo muy oriental.

GETALIÓN.- ¡Qué maravilla de plan! (*Pausa, conspirador*). Pero, oficialmente, yo no sé nada de esto, ¿verdad?

LISTONIO.- Nada en absoluto. Y cuando el trato esté cerrado y haya recibido el dinero, vienes y reclamas a tu hija.

GETALIÓN.- Que se quede con ella si no me presento y la reclamo inmediatamente.

LISTONIO.- Tú ocúpate de tu parte. Yo mientras mandaré un mensaje a mi chica para que se anime. Hoy mismo pondremos en marcha el plan para liberarla.

ESCENA IV

AMPHORIDISCA, CAERMOSINIA

AMPHORIDISCA.- ¡Madre mía, qué tormento me ha tocado contigo, hija! Una te repite las cosas tres veces y tú, como si nada. Pero ¿tú te piensas que soy tonta? ¿Que me he caído de un olivo? Yo pensaba que ya sabías como me manejo yo, que ya son cinco años los que llevo a tu servicio (*mira a Caermosinia con cara de fastidio pero también ternura*). ¡Cinco! Pues, con ese tiempo, hasta un burro habría aprendido a leer su nombre. Vale que me guste el vino, sí, ¿y qué? Pero no se me olvidan los recados ni dejo a nadie tirado. Si algo tengo, es que siempre cumplo.

CAERMOSINIA.- (*susurrando, preocupada*) Es que estoy nerviosa, Ampho... ¿Y si algo sale mal?

AMPHORIDISCA.- ¡Ya estamos! ¡Claro que estás nerviosa! Estás enamorada, muchacha. Y, cuando una se enamora, se le va la marmita (*de nuevo con ternura*). Tranquila, que yo me encargo. No es la primera vez que echo una mano en un lío amoroso. Y, entre tú y yo, el que no ha amado nunca tampoco sabe vivir. ¿Qué gracia tiene la vida sin un poquito de drama romántico? (*Le acaricia la mejilla derecha, con ternura comedida*). Bueno voy a coger la carta, y me voy a buscar a tu Píramo, a ver si conseguimos sacarte de esta cárcel con cortinas.

(*Amphoridisca y Caermosinia entran, una suspirando con esperanza, la otra sin ella*).

ESCENA V

LISTONIO, PROCAXIUS

LISTONIO.- ¿Te quedó claro el plan? (*Le entrega dos cartas*).

PROCAXIUS.- Clarísimo. Aunque a ti igual ya se te ha olvidado.

LISTONIO.- ¿Ah, sí, listo? ¿Te sabes lo que te he dicho?

PROCAXIUS.- Todo, palabra por palabra. Si quieres te lo recito con coreografía.

LISTONIO.- ¡Venga ya! Ni sabes dónde tienes el pie izquierdo.

PROCAXIUS.- Aquí (*se señala el pie derecho*).

LISTONIO.- (*orgulloso*) Veo que has estado estudiando. Pero bueno, déjate de líos, ve, pero ve rápido. Como un correo imperial.

PROCAXIUS.- Dicho y hecho ¡Me voy! (*se va muy lentito*).

LISTONIO.- (*se desespera, solo una mijita*). Pero ¿qué estás haciendo?

PROCAXIUS.- Lo que tú me has ordenado, «como un correo imperial» (*imitando la voz de Listonio*).

LISTONIO.- ¡Caradura! Te vas a llevar un tortazo.

PROCAXIUS.- Mira, sé que las promesas de los amos valen lo mismo que un «A ver si nos vemos»: nada.

LISTONIO.- Y acuérdate de entregar ambas en persona. A la primera le dices que el plan está en marcha. Al segundo, que venga a hablar conmigo.

PROCAXIUS.- (*levantando las cartas como estandartes*). Una para la musa encerrada. Otra para el bufón sin freno. ¿Y yo qué soy? ¿Hermes con sandalias de saldo?

LISTONIO.- No me contestes o te doy alas a base de sandalias bien puestas.

PROCAXIUS.- (*con mejor tono, teatral*). Pues allá voy, mensajero de dramas ajenos.

(*Listonio se mete en su casa, en la suya, no en la del otro*)

ESCENA VI

PROCAXIUS, AMPHORIDISCA

(Sale Amphoridisca y se cruza con Procaxius).

AMPHORIDISCA.- ¡Procaxius, rata del foro! ¿Dónde vas?

PROCAXIUS.- ¡Amphoridisca! Que Júpiter te bendiga o te aguante.

AMPHORIDISCA.- Si los dioses fueran justos, te darían un látigo por lengua.

PROCAXIUS.- ¡Ay! Qué cariñosa.

AMPHORIDISCA.- ¿Y tú qué traes?

PROCAXIUS.- Una misión secreta. ¿Y tú?

AMPHORIDISCA.- Parecido.

PROCAXIUS.- Llevamos cartas cruzadas como en Saturnalia.

AMPHORIDISCA.- ¿De amor?

PROCAXIUS.- ¿Qué si no? Aquí nadie escribe para hablar del tiempo.

AMPHORIDISCA.- ¿Nos decimos lo que llevamos?

PROCAXIUS.- Ni por todo el oro del templo.

AMPHORIDISCA.- Entonces, hasta luego, lengua corta.

PROCAXIUS.- ¡Ave, lengua afilada!

(Se despiden con pique, camino de cumplir sus misiones).

ESCENA VII

SUPLICIUM, VERMICULUS, RÉMULA

(Entra Vermiculus, llamando a su esclavo a gritos, llevando una bolsa que protege como a un bebé, tras él una niña pequeña, imitando sus movimientos, como una aprendiz en el arte del tacañismo y la usurería, llevando otra bolsa, pero en su caso, de conchas).

VERMICULUS.- ¡Suplicium! ¡Suplicium! ¡SUPLICIUM!

RÉMULA.- *(imita, bajito pero intenso)* ¡Suplicium! ¡Suplicium!

SUPLICIUM.- Aquí, amo. Si llega a gritar un poco más alto, podría haberme invocado desde el Inframundo.

VERMICULUS.- ¡Toma! Este es un mandato disfrazado de encargo. Disfrazado pobremente, eso sí. Ve a la feria de Eretria y compra una yunta *(muy explicativo)*. Dos bueyes. No tres. No uno gordo ni cuatro muy delgados. Dos.

RÉMULA.- *(levantando dos dedos)* ¡Dos!

SUPLICIUM.- ¿Con carácter?

VERMICULUS.- No. Con tracción. No estamos pagando personalidad.

SUPLICIUM.- Entendido. ¿Límites de precio?

VERMICULUS.- Todo lo que hay en esta bolsa. Ni un denario más. Y si te piden más... Lloras, gritas, y te vas. Como hacemos los hombres libres (*Suplicium mira la bolsa. Luego al público. Se le enciende una idea. Su expresión cambia levemente: empieza a gestarse un plan*).

SUPLICIUM.- (*a Vermiculus*) Y esto... ¿Es un gesto de confianza?

VERMICULUS.- Esto es logística delegada. A mí me dan náuseas las ferias. Y a ti no.

SUPLICIUM.- Qué honor.

VERMICULUS.- Y si no quedaran bueyes, vuelves con el dinero.

SUPLICIUM.- ¿Y si me lo roban?

VERMICULUS.- Vuelves con el recibo del robo firmado por el ladrón, claro.

SUPLICIUM.- Qué alivio ser tan estimado.

VERMICULUS.- Y nada de escaparte. Ya he perdido un esclavo así.

SUPLICIUM.- ¿Y lo encontró?

VERMICULUS.- Sí. Se hacía pasar por estatua en Delfos. Costó cinco años reconocerle: el condenado se hacía pasar por discóbolo demasiado bien. (*Rémula adopta la pose de discóbolo usando su bolsita como disco y se queda inmóvil*).

SUPLICIUM.- (*con exagerada reverencia*). Iré pues, a cumplir con mi destino bovino.

VERMICULUS.- Y, si puedes elegir, que los bueyes no sean charlatanes.

RÉMULA.- (*negando con un dedo*) O por lo menos que no hablen de política

(*Vermiculus entrega la bolsa, aunque le cuesta un poco soltarla, y se va murmurando algo sobre el precio del forraje, Rémula le sigue cual rémora, siempre cerca y muy pegadita a él. Suplicium se queda solo, mira la bolsa, la lanza al aire y la atrapa con una sonrisa*).

SUPLICIUM.- (*al público, sin poder creérselo*) Oh, Júpiter bendito! ¡Rey de los cielos, de los rayos y de los esclavos con suerte! ¡Gracias por poner en mis manos esta oportunidad divina! (*Saltando de alegría. Al público les cuenta lo que ha pasado*). Mi amo, el muy listo, me ha dado una bolsa bien cargada para ir a comprar unos bueyes a la feria de Eretria. Y me la da a mí. A mí. ¡Qué detalle, qué confianza tan mal puesta! Ya tengo la excusa lista: «Lo siento, señor, en la feria no quedaban bueyes. ¡Se agotaron!». Y, mientras tanto, yo salvo a mi amigo Listonio. Y de paso, me doy un homenaje, que no todo va a ser sudar y recibir azotes. Voy a darme un homenaje como los que no se dan los esclavos de amos avaros, que hasta el tonel de sal lo tienen con candado y sello imperial. ¡Sí, me caerá bronca, me azotará y blablablá! Pero ¡que me quiten lo bailao! (*Golpea la bolsa con orgullo*). Aquí tengo mi «yunta de bueyes», lista para hacer historia. Y si el amo protesta... ¡que se lo cuente a los dioses! (*Se percata de Procaxius*). Anda, mira tú, si ese que viene por ahí es Procaxius, el aprendiz de Listonio.

ESCENA VIII

SUPLICIUM, PROCAXIUS

PROCAXIUS.- ¡Misión cumplida! Ahora, a casa a toda prisa.

SUPLICIUM.- ¡Eh, quieto ahí, Procaxius! ¡Una cosa antes de que te vayas!

PROCAXIUS.- A no ser que me compres, poco tengo que oírte.

SUPLICIUM.- ¡Alto ahí!, date la vuelta y mírame a la cara, granuja!

PROCAXIUS.- Mira, te aguanto solo porque sé que ya tienes una edad, que si no...

SUPLICIUM.- ¿Dónde está Listonio?

PROCAXIUS.- Pues donde le apetezca. Y no tiene que rendirte cuentas.

SUPLICIUM.- ¿Me lo vas a decir ya por las buenas?

PROCAXIUS.- ¡Que no lo sé, hijo de meretriz!

SUPLICIUM.- Estás insultando a una persona mayor que tú, eh.

PROCAXIUS.- Tú has empezado, así que ajo y agua. Listonio me manda obedecerte con las manos, pero con la lengua soy libre. ¡Libertad de expresión!

SUPLICIUM.- Que dónde está Listonio.

PROCAXIUS.- Ojalá te atragantes preguntando.

SUPLICIUM.- Hoy te van a llover los latigazos.

PROCAXIUS.- ¡Por tu culpa, lamecayados! No me das ningún miedo. ¡Desgraciao!

SUPLICIUM.- Pero ¡serás descarado!

PROCAXIUS.- Hombre, claro. Al menos yo todavía tengo el descaro de soñar con ser libre. Tú no tienes ni eso.

SUPLICIUM.- ¡A la horca deberías ir!

PROCAXIUS.- Y tú a casa. Que seguro que te tienen ya el rincón de castigo preparado.

SUPLICIUM.- Ahora va a resultar que este es adivino...

PROCAXIUS.- Pues ojalá no encuentres ni adivino ni jurisconsulto. Que acabes entre rejas.

SUPLICIUM.- Pero ¿qué dices?

PROCAXIUS.- ¿Tú qué crees?

SUPLICIUM.- ¿Te atreves a seguir insultándome, mal bicho?

PROCAXIUS.- Claro que me atrevo. ¡Total, tú también eres esclavo, como yo!

SUPLICIUM.- ¡Te voy a dar, eh!

PROCAXIUS.- ¿Qué? Si no tienes nada.

SUPLICIUM.- Que los dioses me conserven la paciencia...

PROCAXIUS.- ¡Ojalá te oigan! Mira qué amigo soy, que deseo que se cumplan tus plegarias.

SUPLICIUM.- Como te agarre, te estampo contra el suelo.

PROCAXIUS.- ¿A mí? ¡Si el que va a acabar estampado en la horca eres tú!

SUPLICIUM.- ¡Por todos los dioses...! (*Se contiene*). Mejor no digo lo que pienso. ¡Fuera de mi vista!

PROCAXIUS.- No hace falta que insistas, que seguro que mi sombra ya está en casa llevándose la primera tanda de palos (*entra corriendo en casa*).

SUPLICIUM.- ¡Que los dioses lo castiguen! Tiene lengua de víbora, el maldito. Menos mal que se ha ido (*se abre la puerta de la casa de Listonio*). Mira, justo al que estaba esperando.

ESCENA IX

SUPLICIUM, LISTONIO, AMPHORIDISCA

(*Listonio sale de casa con Amphoridisca*)

LISTONIO.- Dile a Caermosinia que pronto lo conseguiré, que tengo un plan. Que se anime, que confíe, que esto lo hago por ella... y un poco también por mí. ¿Lo has entendido o te lo repito?

AMPHORIDISCA.- (*malhumorada y ofendida por oír que se lo va a repetir*). ¿Yo? ¡Vamos, ni un zorro es más listo que yo! Tranquilo.

LISTONIO.- Perfecto. ¡Pues corre a decírselo! (*Amphoridisca entra en su casa*).

SUPLICIUM.- (*en voz baja, muy sobrado*). Vale, es mi momento. Postureo máximo: capa al viento, mentón arriba, paso de general romano en desfile... ¡Allá voy!

LISTONIO.- (*aparte, burlón*). Pero ¿quién es ese fantoche que viene por ahí? Ah, no, que es Suplicium haciéndose el emperador. ¡Ey, Suplicium! ¿Qué tal? ¿Hay noticias del asunto?

SUPLICIUM.- Acércate, compañero. Hay luz al final del túnel. Venga, refréscame la memoria, ¿qué querías exactamente?

LISTONIO.- (*señalando una bolsa en su hombro*). ¿Y eso que llevas ahí? Parece un bulto sospechoso.

SUPLICIUM.- Shhh... Cuidado. Es... un absceso.

LISTONIO.- Tú sí que eres un obseso.

SUPLICIUM.- Me refiero a un grano gigante. Ni se te ocurra tocarlo, que me arde el alma si lo rozan.

LISTONIO.- Ya lo sabía (*cambiado de tema*). ¿Y te ha salido hoy? Qué rápido, ¿no?

SUPLICIUM.- Sí, sí, ha brotado esta mañana. Mejor no abrirlo aún, no vaya a armarse un pollo.

LISTONIO.-(*acercándose*). Venga ya, déjame verlo un momento...

SUPLICIUM.- (*retrocediendo teatralmente*). ¡Atrás, loco! ¡Cuidado con los cuernos!

LISTONIO.- ¿¡Qué cuernos!?

SUPLICIUM.- ¡Que en esta bolsa llevo una yunta de bueyes! Literalmente. Bueno... simbólicamente. O sea, el dinero para ellos.

LISTONIO.- (*jugando al mismo juego*). Pues suéltalos un rato, que les dé el aire... o se te van a morir de aburrimiento ahí metidos.

SUPLICIUM.- Y luego, ¿cómo los meto otra vez al establo? Que se me pierden por el monte.

LISTONIO.- No sufras, que yo los recojo. Ya tengo mano con ese ganado.

SUPLICIUM.- *(entregándole la bolsa).* Confío en ti, amigo. Aquí está el dinero que me pediste.

LISTONIO.- *(fingiendo sorpresa feliz).* ¿De verdad?

SUPLICIUM.- Mi amo me mandó a Eretria a comprar una yunta de bueyes. Pues nada, ¡Eretria ahora eres tú!

LISTONIO.- ¡Así se habla! Y no te preocupes: este dinero volverá a ti limpito. Tengo un plan maestro para birlárselo a ese rufián y hacer que él mismo lo devuelva sin saberlo. Y, sobre todo, para que liberemos a Caermosinia.

ESCENA X

LISTONIO, SUPLICIUM, TRAGICOMIS, SENECTA

(Listonio y Suplicium están a punto de entrar en casa. Se oye un carraspeo exageradamente dramático fuera de escena).

TRAGICOMIS.- *(entrando con solemnidad, carta en mano, como quien trae un edicto del oráculo).* ¡He venido! Llamado por la carta, invocado por el deber, traído por la necesidad... y escoltado por el arte *(tras él entra Senecta, una especie de secretaria de la antigua Grecia. Lleva pergaminos, un tintero pequeño colgado del cinto, una tabellae ceratae donde toma notas constantemente con un stilus y cara de haber desayunado sarcasmo).*

LISTONIO.- *(lo mira de arriba abajo, cruzado de brazos).* Tragicomis. Más puntual que un cobrador y más ruidoso que un séquito.

SUPLICIUM.- *(en voz baja a Listonio).* ¿Estás seguro de que quieres meter a este en el plan?

LISTONIO.- *(en voz baja).* No. Pero necesito alguien que interprete un papel importante. *(Parpadea).* ¿Quién es esta?

SENECTA.- Senecta. Mujer para todo. Apunto, recuerdo, ordeno. Y sé curar ataques de ego con vinagre.

TRAGICOMIS.- *(orgulloso).* Mi sombra organizativa. Mi cítara racional. Mi tabla de salvación frente al caos de los calendarios.

SUPLICIUM.- *(a Listonio, sorprendido).* ¿Y esa niña no va a la escuela?

SENECTA.- *(con sarcasmo).* ¿Y ese viejo no va al galeno?

LISTONIO.- *(volviendo al asunto).* Tragicomis, necesito que interpretes a un mercader forastero. Que vendas, con mucho estilo, una esclava que en realidad no lo es *(Tragicomis se atusa sus ropajes, aun no confiando en el plan, o esperando algo que le atraiga del personaje).* Túnica, clámide, turbante, lo que tengas a mano.

TRAGICOMIS.- ¿Tono trágico tipo Eurípides? ¿Monumental tipo Esquilo? ¿O nos vamos al exceso insolente de Aristófanes?

SUPLICIUM.- Nos vamos al silencio contenido. Nada de danzas ni letanías. Solo un tipo que parezca venir de lejos y sepa pedir mucho dinero.

SENECTA.- *(anotando).* Tono: extranjero, contenido, caro.

TRAGICOMIS.- *(suspira).* Entonces será un papel menor, pero lo aceptaré. Aunque arda por dentro, haré de vasija sellada.

LISTONIO.- Y te exijo discreción. Nada de rumores. Nadie puede saber lo que estamos montando. Nada de desfiles imperiales ni tormentas de incienso. Solo tienes que entrar, parecer extranjero, vender a la chica y callarte. Sencillo.

TRAGICOMIS.- (*procesa lentamente, con gravedad*). ¿Sencillo? ¿Como Orestes, que hizo justicia y perdió la cordura? ¿Como Edipo, que resolvió un enigma y perdió los ojos? ¿Como Jasón, que cambió de esposa y perdió hasta los hijos?

SUPLICIUM.- (*con resignación*). Como el que no llama la atención. Así de sencillo.

SENECTA.- (*levantando la vista del cuaderno*). He apuntado: entrada sobria, impacto controlado, ni un coro.

TRAGICOMIS.- (*suspira con teatralidad contenida*). Está bien. Tragedia comprimida. Emoción embotellada. Pasión con tapa.

SENECTA.- (*tachando algo*). Entonces nada de serpientes vivas.

LISTONIO.- ¿¡Qué!?

TRAGICOMIS.- Nada, nada. Idea descartada.

LISTONIO.- Preparaos y, por los dioses, ¡que parezca de verdad!

TRAGICOMIS.- (*con voz profunda, levantando un brazo*). ¡La verdad siempre fue un acto!

SENECTA.- Y siempre más caro de lo presupuestado.

(Listonio y Suplicium se marchan. Tragicomis se queda en escena atusándose, de nuevo, su ropa. Senecta ya está desplegando una lista. Empieza la preparación del desastre con estilo).

ESCENA XI

TRAGICOMIS, SENECTA

(Tragicomis camina lentamente, ensimismado. Senecta lo sigue papiro en mano, pluma lista y expresión de veterana de guerra).

TRAGICOMIS.- (*susurrando para sí, como quien se confiesa a las musas*). Vender a una joven que no es esclava. Interpretar un mercader que no existe. Convencer a un necio sin decir la verdad. Es casi demasiado real para ser ficción.

SENECTA.- (*levantando la vista*). O demasiado ficción para que lo tomes en serio.

TRAGICOMIS.- (*sin oírla*). Lo importante es el enfoque, el método. ¿Lo interpreto desde el tormento o desde la máscara? (*Pausa larga, dramática. Susurra*). ¿Método Esquilo? No. Demasiado mármol. ¿Método Eurípides? Demasiado llanto. ¿Método Aristófanes? Podría, pero me faltan las ranas.

SENECTA.- (*anotando*). «Faltan las ranas». Lo dejo con interrogante.

TRAGICOMIS.- (*se detiene de golpe*). ¡Ya lo tengo! Usaremos el método del espectro oriental™: un personaje que no habla más de la cuenta, pero cuya capa dice todo lo que él calla.

SENECTA.- (*seca*). Entonces la capa tiene que ser de esas que gritan.

TRAGICOMIS.- Tendrá capa. Y un bastón. Tal vez un bastón con cabeza de elefante. O de buey, pero discreto.

SENECTA.- ¿Discreto como la vez del desfile por el cumpleaños del procónsul?

TRAGICOMIS.- Más. Esto es teatro sutil, pero con humo.

SENECTA.- (*mirando la lista*). Entonces necesito incienso, palanquín, portadores... ¿Incluimos músicos?

TRAGICOMIS.- (*alzando los brazos*). ¡Sí! Pero de luto. Que parezca que vienen de un entierro en el desierto.

SENECTA.- (*anota sin pestañear*). «Funeral temático, tono arena».

TRAGICOMIS.- Y, al llegar, me detendré. Solo un instante. Miraré al horizonte como si recordara mil años de comercio.

SENECTA.- (*señalando*). Ese instante, que no dure más de tres pasos. Luego entramos, saludamos, vendemos y salimos.

TRAGICOMIS.- (*posando como si ya estuviera frente al público*). Senecta... Hoy no fingiremos un personaje. Seremos el personaje. Seremos Oriente. Seremos... ¡el mito que se alquila!

SENECTA.- (*asintiendo sin emoción*). Te darán el premio Menox por esto.

TRAGICOMIS.- (*sigue dándole vueltas al plan*). Vender una mujer sola es demasiado directo. Demasiado evidente. Sospechoso. Pero si aparece entre varias, si forma parte de un coro... ¡Ah! Entonces es arte. La distracción es el mejor perfume.

SENECTA.- (*anotando*). Objetivo: diluir el drama en desfile. Nota: más mujeres.

TRAGICOMIS.- Ve al ágora. Busca a las de siempre. Que ensayen una entrada con gesto trágico. Una que llore. Otra que mire al cielo. Otra que parezca maldita. ¡Un desfile de destinos rotos!

SENECTA.- (*ya tachando y escribiendo en paralelo*). ¿Tonos coordinados o sufrimiento libre?

TRAGICOMIS.- Cada una con su tragedia. Que parezca una subasta de los dioses.

SENECTA.- Y para que nadie mire a la correcta.

TRAGICOMIS.- Exacto. La chica que tiene que comprar no será la primera. Será la última. La definitiva. ¡La tragedia en carne y luto!

SENECTA.- (*cerrando el papiro*). Entonces necesito túnicas, polvo de ojos, lágrimas artificiales y la que sabe caer desmayada sin romperse.

TRAGICOMIS.- Y velo. ¡Mucho velo! Que cada paso parezca una profecía.

SENECTA.- Y tú, discreto.

TRAGICOMIS.- (*alzando el mentón*). Hoy seré discreto como un secreto escrito en verso.

SENECTA.- (*seca*). Vamos, que improvisarás todo de nuevo.

TRAGICOMIS.- Sabes que sí.

(*Ambos salen hacia bastidores, uno soñando con incienso, la otra contando logísticamente cuántos portadores puede conseguir con lo que queda de presupuesto*).

ESCENA XII

GETALIÓN, VIRTUDIA

(*Salen a escena. Getalión va con paso decidido, mirando alrededor. Ella lo sigue, incómoda con el disfraz persa que lleva puesto*).

GETALIÓN.- ¡Que los dioses nos sean propicios! ¡Por mi bien, el tuyo y, sobre todo, el de mi estómago, que jamás me falten víveres en abundancia y superabundancia! (*A ella, bajando la voz conspiradora*). Ven, Virtudía, ven por aquí. Tú ya sabes lo que tenemos entre manos, ¿no? Te he contado todo el plan (*pausa con cara de pensar si, efectivamente, sí se lo ha contado*). Por eso mismo te he disfrazado así: hoy serás vendida.

VIRTUDIA.- Padre, entiendo que te guste comer a costa ajena, pero ¿vas a vender a tu propia hija solo para llenar la barriga?

GETALIÓN.- ¡Vaya milagro que no te venda por amor al rey Filipo o al rey Átalo! Siendo como eres propiedad mía...

VIRTUDIA.- Pero ¿tú me ves como hija o como esclava?

GETALIÓN.- ¡Como lo que me venga mejor para el bien de mi estómago! Yo soy el padre y, por tanto, tengo autoridad sobre ti, no al revés.

VIRTUDIA.- Lo reconozco, padre, tienes ese derecho. Pero aun así, por muy pobre que seamos, es mejor vivir con dignidad. La pobreza sola es llevadera; la pobreza con deshonor, no. Y la buena fama pesa menos que la mala.

GETALIÓN.- (*va perdiendo la paciencia*). ¡Uy, cómo te pones! ¡Ni que fueras filósofa!

VIRTUDIA.- Pero la mala fama es como una sombra: no se va aunque la creas muerta.

GETALIÓN.- ¿Entonces estás asustada por si te vendo de verdad?

VIRTUDIA.- No por mí, sino por lo que te puedan decir a ti.

GETALIÓN.- (*para finalizar la conversación*). Pues, lo quieras o no, aquí se hace lo que yo mando y no lo que tú digas.

VIRTUDIA.- (*bajando la cabeza*). De acuerdo...

GETALIÓN.- ¿Qué te pasa ahora?

VIRTUDIA.- Que esto me pone nerviosa. Aunque sé que es fingido, me da miedo. Es como cuando ves que el amo coge el látigo. Aunque no te pegue, ya duele.

GETALIÓN.- ¿Entonces obedecerás o no?

VIRTUDIA.- Sí.

GETALIÓN.- ¿Y sabes lo que tienes que hacer?

VIRTUDIA.- De memoria.

GETALIÓN.- ¿Y sabes cómo fue tu falso secuestro?

VIRTUDIA.- Como si lo hubiera vivido.

GETALIÓN.- ¿Y quiénes eran tus padres?

VIRTUDIA.- También lo tengo claro. Pero, padre, esto que me obligas a hacer es algo feo. Y ten en cuenta que, el día que quieras casarme, esto puede espantar a más de un pretendiente.

GETALIÓN.- ¡Calla, necia! ¿Es que no ves cómo están las costumbres hoy en día? Las mujeres se casan aunque tengan la fama por los suelos. ¡Mientras lleven dote, lo demás da igual!

VIRTUDIA.- Pero yo no tengo dote, padre.

GETALIÓN.- ¿Cómo que no? Gracias a los dioses y a mis antepasados, puedo decir con orgullo que posees una dote muy especial: ¡tengo en casa un cofre lleno de huesos de pollo! Si haces bien lo que te he pedido, te regalo cientos de ellos. Con eso, te casas hasta con un mendigo.

VIRTUDIA.- (*vencida, suspira*). Está bien, padre. Llévame donde quieras. Véndeme, haz lo que quieras (*se esconden donde se fue Tragicomis*).

ESCENA XIII

VILIPENDIUS, LISTONIO

(*Entra Vilipendius solo, mirando a la casa con los brazos cruzados*).

VILIPENDIUS.- Pero ¿qué trama ahora Listonio, el esclavo de mi vecino? ¡Ha jurado que me traería el dinero hoy mismo! (*Saca un reloj de arena, lo observa dramáticamente*). Como se pase el día sin soltarlo, él perderá su juramento y yo... ¡el dinero! (*Se oye un ruido de puerta desde dentro. Vilipendius se gira hacia donde sale Listonio*). ¡Anda! Ha sonado la puerta. A ver quién sale ahora (*a Listonio*). ¡Hombre, Listonio! ¿Qué pasa?

LISTONIO.- (*sale con la bolsa de dinero*) ¿Qué pasa? ¡Ahora te lo digo! (*Se planta delante de Vilipendius y lo ataca con una ráfaga de insultos*). ¡Oh, lodazal de rufián! ¡Estanque de porquería pública! ¡Tú, cochino! ¡Bestia sin ley, sin honor ni alma! ¡Vergüenza del foro! ¡Cuervo carroñero que roba las monedas de los vivos y de los muertos! (*Mira al cielo con dramatismo*). ¡Ni con cien años puedo nombrar todas tus vilezas! ¡Toma! ¡Coge el dinero! ¡Venga! ¡Cógelo, gusano, que no se diga que no pago! (*no suelta la bolsa*).

VILIPENDIUS.- (*se abalanza sobre la bolsa, ofendidísimo*). ¡Déjame al menos respirar, oh gloria de la esclavitud! ¡Tú, libertador de cortesanías! ¡Tú que haces sudar los látigos y adelgazar las cadenas! ¡Tú, ciudadano del molino, eterno fugitivo del trabajo! (*Mirándolo desafiante*). ¡Dame ya ese dinero, ladrón de banquetes, estómago sin fondo!

LISTONIO.- (*con sorna*). Pero qué voz tienes... Parece que estás vendiendo pescado en el foro.

VILIPENDIUS.- ¡Mi lengua está entrenada para repartir lo que merece cada cual! ¡Tengo que comprar sal igual que tú y, si mi lengua no me defiende, no pruebo ni un grano!

LISTONIO.- Vale, vale, calma. Solo estaba enfadado porque no querías fiarme el dinero.

VILIPENDIUS.- ¿Fiarte yo? ¡Ni que fuera tonto! Que os fio y luego hacéis como los banqueros: en cuanto os doy algo, ¡salís corriendo del foro más rápido que una liebre en los juegos del circo!

LISTONIO.- ¡Ya está, toma! (*Le entrega formalmente la bolsa*). Aquí lo tienes: 60 denarios, bien contados, buenas monedas. Ahora, cumple tu parte: libera a la chica y tráela aquí cuanto antes.

VILIPENDIUS.- ¡Voy volando! Pero... (*Mira la bolsa con desconfianza exagerada*). ¿Y ahora qué hago con esto? ¿A quién se lo doy para que lo guarde?

LISTONIO.- ¿Te da miedo soltarlo? ¡Ya me lo imaginaba!

VILIPENDIUS.- ¡Y cómo no me va a dar miedo! Los banqueros del foro desaparecen más rápido que una rueda cuesta abajo.

LISTONIO.- Anda, tira por el atajo. Ve al foro, entrega el dinero y trae a la chica por el corral, sin que nadie la vea.

VILIPENDIUS.- ¡Enseguida te la traigo! ¡Pero discreción, eh!

LISTONIO.- ¡Eso es! Que los dioses nos den su bendición, aunque sea por error.

VILIPENDIUS.- ¡Como digas!

LISTONIO.- (*se impacienta*). ¿Y tú qué haces ahí plantado? ¡Ya tenías que estar volando!

VILIPENDIUS.- ¡Voy, voy! (*Sale corriendo por el lateral, tropezando de forma cómica*).

ESCENA XIV

LISTONIO, SUPPLICIUM, VIRTUDIA, TRAGICOMIS

LISTONIO.- (*solo en escena, paseando con aire satisfecho*). Cuando uno se toma las cosas en serio y le mete cabeza, normalmente le salen bien. Pero claro, si eres un flojo o un caradura, no esperes que todo te funcione por arte de magia. A mí no me ha faltado ni chispa ni maña. He movido las piezas como en una partida de latrunculi y ya casi tengo a ese despreciable lenón contra las cuerdas. ¡Hoy le doy el golpe final! (*Se gira hacia su casa y grita*). ¡Suplicium, que saquen ya a la chica y trae esa carta que sellé, la que «viene» de Persia! ¡Que va a empezar el gran espectáculo!

(*Salen Suplicium; Tragicomis, disfrazado como mercader oriental, y Virtudia vestida de elegante esclava persa. Muy vaporoso todo. Listonio los observa con atención*).

LISTONIO.- ¡Por Mercurio, qué bien te sienta ese disfraz, Tragicomis! El turbante te da un aire misterioso y esas sandalias... parecen traídas del mismísimo bazar de Babilonia.

TRAGICOMIS.- (*con gravedad medida, como si ya estuviera en escena*). He repasado el texto, el gesto, la historia y el acento. No responderé a preguntas directas. Solo enigmas y frases rotundas.

SUPPLICIUM.- (*seco*). Mientras no se te ocurra improvisar tragedias, todo irá bien.

LISTONIO.- Así se habla. Ahora, ocultaos allí detrás. Cuando yo esté hablando con Vilipendius y os dé la señal, salís y hacéis lo vuestro. A tiempo y sin hablar más de la cuenta, ¿entendido?

(*Salen del escenario o se retiran discretamente. Entra Vilipendius, sin ver a Listonio y Suplicium*).

ESCENA XV

LISTONIO, SUPPLICIUM, VILIPENDIUS

VILIPENDIUS.- (*volviendo del foro*). Cuando los dioses están de tu parte, todo va rodado. Hoy, por ejemplo, me he ahorrado alimentar a una esclava: ya no es mía, ahora es de Listonio. Y así, uno menos que come de mi mesa. ¡Y he hecho una buena obra! He convertido a una esclava en ciudadana de Atenas. ¿No soy un modelo de virtud? Bueno, en fin. He dado crédito por todas partes sin exigir garantías. No sé si soy generoso o un insensato...

LISTONIO.- ¡Por fin llegas! ¿Qué tal ha ido?

VILIPENDIUS.- Todo bien. Doy crédito como un banco y espero que no me estafen mucho.

LISTONIO.- ¿Entonces la joven ya es libre?

VILIPENDIUS.- Sí, sí, puedes estar tranquilo. Ya no me pertenece.

LISTONIO.- ¡Benditos sean los dioses! Ni te imaginas el favor que me has hecho.

VILIPENDIUS.- Bueno, a ver si ahora tú también haces algo por mí.

LISTONIO.- Precisamente de eso quería hablarte. Toma esta carta que me ha llegado de Persia, de parte de mi amo.

VILIPENDIUS.- *(tomando la carta).* ¿Y qué tiene que ver conmigo esta carta?

LISTONIO.- Mucho más de lo que crees. Léela y lo verás.

VILIPENDIUS.- De acuerdo. Silencio mientras leo *(Vilipendius lee para sí)*

LISTONIO.- *(recita la carta en voz alta con tono de carta que viene de Persia).* «Timárquides saluda a Listonio y a su casa. Estoy bien y los negocios marchan. No volveré hasta dentro de ocho meses. Los persas han tomado la ciudad de Crisópolis, llena de riquezas. Envío con esta carta a un extranjero que trae consigo a una joven libre, muy hermosa, traída de Arabia. Quiero que sea vendida, sin garantía. Haz que el portador reciba el dinero, en moneda limpia. Cuidad bien de él. Vale» *(con tono normal).* ¿Y bien? ¿Ves ahora la oportunidad?

VILIPENDIUS.- ¿Y el hombre que trae a la joven? ¿Dónde está?

SUPLICIUM.- Debe de estar al llegar. Fue al puerto a buscarla.

VILIPENDIUS.- Mira, no quiero líos. Sin garantía no me fio. Ya me han engañado antes.

LISTONIO.- Pero ¿quién va a venir desde Arabia a reclamarla? Es una oportunidad.

VILIPENDIUS.- Tal vez. Pero antes de comprar nada quiero verlo con mis propios ojos. *(suena una fanfarria anunciando la entrada de Tragicomis)*

SUPLICIUM.- Justo a tiempo. Mira hacia allí, que viene el mercader persa.

VILIPENDIUS.- ¿Con la joven?

SUPLICIUM.- *(con sorna).* Y con una tropa entera. Creo que trae su propio desfile.

(La música continúa. Entra un séquito de personajes vestidos a la moda persa, transportan a Tragicomis en un palanquín persa, entre cojines persas y telas aún más persas de brillante raso, vestido de forma exuberante y teatral, agitando una capa demasiado larga. Le siguen varias mujeres, cada una con un estilo trágico distinto. Todo es demasiado excesivo. Hay música: una canción anunciando su llegada).

ESCENA XVI

SUPLICIUM, LISTONIO, VILIPENDIUS, TRAGICOMIS, MUSAS

TRAGICOMIS.- *(entonando como si recitara un himno perdido de Eurípides).* ¡Oh ciudad de columnas impasibles! ¡Atenas de los sabios, los estrategas y los cobradores de impuestos! Ante ti se postra el oriente en carne y perfume, ¡traigo tesoros, traigo tragedias, traigo trato!

VILIPENDIUS.- ¿Eso es el persa?

LISTONIO.- Eso, o un festival de máscaras.

TRAGICOMIS.- *(alzando un bastón con apariencia de marfil).* He cruzado desiertos, he surcado tormentas, he negociado con camelleros que hablaban con metáforas. ¡Y vengo con una colección irrepetible de féminas inimitables!

(El séquito se detiene como si esperara una orden. Listonio y Suplicium, que observan desde un lado del escenario, intercambian miradas alarmadas).

SUPLICIUM.- *(susurrando sarcástico).* ¿«Colección irrepetible»? ¿Desde cuándo había más de una?

LISTONIO.- (*alarmado*). ¡Se suponía que solo era Virtudia! ¡Una! ¡Una tragedia con patas, no el coro entero!

SUPLICIUM.- ¡Shh! Tranquilo, está improvisando. Lo hace siempre. Respira (*silencio*).

LISTONIO.- ¿Y ahora qué? ¿Lo paramos?

SUPLICIUM.- ¿Y perdernos el espectáculo? ¡Ni hablar! Solo... reza a Apolo para que no empiece a cantar.

TRAGICOMIS.- (*ignorándolo todo, cada vez más crecido*). ¡Preparaos, mujeres del destino! ¡Avanzad, vestales del oriente, emblemas del deseo y del drama!

VILIPENDIUS.- (*parpadea, perplejo*). ¿Esto suele ser así?

LISTONIO.- (*sudando, con sonrisa congelada*). Es... Eh... Una tradición persa. Muy antigua. Muy cara. Muy convincente.

TRAGICOMIS.- ¡Bienvenidos, excelsos y escépticos ciudadanos de Atenas! ¡Oh tú, caballero de bolsillos ansiosos y juicio cuestionable! Permite que ante ti despliegue el zoco del pathos, la floristería de la tragedia, el herbolario del desastre emocional... Mi catálogo de delicias, mis flores de primavera, las reinas del drama y del deseo... ¡Las musas del infortunio! (*El escenario se ilumina dramáticamente. Se oye un gong*). Sin más dilación... ¡La musa número uno! (*Entra la primera cortesana, vestida de negro, con una pala y mirada grave. Tragicomis empieza a hablar con voz de presentador*) Desde los infiernos de Tebas, con un historial de desobediencia civil y tendencia a los entierros ilegales... Amante de los muertos, enemiga de los reyes, pero ¡muy viva entre las sábanas! Le gusta cavar tumbas al atardecer y comer aceitunas. ¡Un aplauso para... Antégon! (*Antégon saluda con un gesto trágico y sale*).

LISTONIO.- (*frunciendo el ceño*). Pero ¿esto qué es? Solo tenía que entrar una con cara triste y ya está.

SUPLICIUM.- (*encogiéndose de hombros*). Relájate, está entrando en calor. Siempre necesita introducción épica.

VILIPENDIUS.- (*susurrando, impresionado*). ¿Y esta es la primera? Pues empezamos fuerte. ¿La pala viene incluida?

TRAGICOMIS.- ¡Sigamos pues! La musa número dos... (*Suena un segundo gong. Entra una mujer con mirada furibunda, sosteniendo una daga o una botella de veneno*). Directamente desde Corinto, madre entregada, esposa incomprensida y experta en venenos caseros. No ha roto un plato, pero sí una genealogía. Amante de la brujería, las venganzas a fuego lento y los manzanos. ¡Que tiemblen tus futuros hijos si la haces enfadar! ¡Recibamos con cuidado a la letal Medeia! (*Medeia lanza un beso que asusta a todos y se retira dramáticamente*).

LISTONIO.- (*al borde del colapso*). ¡¿Y esta quién es ahora?! ¡¿Qué hace con esa daga?! ¡Esto no es el plan, Suplicium, esto es un homenaje a los homicidios!

SUPLICIUM.- (*intentando calmarlo*). Tragicomis necesita su espacio creativo. Cuanto más le dejes hacer, más rápido se cansa.

VILIPENDIUS.- (*tenso*). ¿Ha dicho «venenos caseros»? Yo con esa no ceno. Ni bebo. Ni respiro cerca.

TRAGICOMIS.- Nuestra siguiente musa es una mujer con experiencia, con secretos, con... pasado (*se oye un tercer gong. Entra la tercera cortesana: una mujer madura, muy sensual pero con cierto aire de culpa, con un niño de trapo en brazos*). Desde el oscuro corazón de Tebas, ella

es madre, amante y posiblemente tu suegra. Cree firmemente en el destino, pero no tanto en la terapia. Su mirada es un laberinto y su cama, una tragedia. ¡Un saludo contenido para la incomparable Suscasta! (*Suscasta se agarra el cuello como si intuyera algo raro, lanza una mirada seductora y se marcha*).

VILIPENDIUS.- (*carraspeando, desconcertado*). Creo que mi linaje está en peligro. ¿Falta alguna o ya me puedo lavar los ojos?

TRAGICOMIS.- (*sonriendo*). ¿Pensabais que eso era todo? ¡Ah, ingenuos! ¡Lo mejor está por venir! ¡Sigan los redobles! ¡Más tragedia! ¡Más pasión! ¡Más traumas heredados! ¡La musa número cuatro! (*Se oye un cuarto Gong. Aparece una mujer cubierta de ceniza, con mirada desquiciada*). Reina destronada, madre sin consuelo,

profeta del sufrimiento... ¡Ella no llora: declama su dolor! Con una maestría en lamentos y otra en perder hijos, ¡es la reina de los suspiros! ¡La única, la inigualable, la intensísima... Hércuba! (*Hércuba lanza un grito desgarrador y se desploma a cámara lenta antes de arrastrarse fuera de escena*).

VILIPENDIUS.- (*murmurando*). Dramática, sí, pero ¿sabe preparar lentejas?

TRAGICOMIS.- ¡Y ahora! ¡La quinta maravilla del melodrama! (*Se oye un quinto gong. Entra una joven vestida de negro con una lista de asesinatos en la otra*). Fanática de la justicia, obsesiva con la venganza y poco amiga de las fiestas familiares. Le gusta revolver tumbas al atardecer y revolver también las saturnalias. Tiene un brillante futuro en tragedias domésticas y hasta le ha dado su nombre a un complejo. ¡Un fuerte y prudente aplauso para Eléctrica! (*Eléctrica alza el puño, grita «¡Por mi padre!» y desaparece entre bambalinas*).

VILIPENDIUS.- ¿Y esta se alquila con terapia incluida o se paga aparte?

TRAGICOMIS.- (*empezando a sudar*). ¡La siguiente es puro fuego! ¡Ni el vino de Dionisio quema tanto! (*Sexto gong. Entra una mujer con bata de seda de andar por casa y un cuchillo de cocina y una red de pesca. Opcional: un patito de goma*). Ella cocina, limpia... ¡y apuñala por la espalda con estilo! Mató a su marido y se quedó tan ancha. ¡Empoderada antes de que estuviera de moda! Fan del baño con sangre y de las togas bien planchadas. ¡Cuidado con darle la espalda a... Clitenmenestra! (*Clitenmenestra se ríe con sorna y hace un gesto como de cortarte el cuello con elegancia antes de marcharse*).

LISTONIO.- (*tapándose la cara*). Esto ya no es una venta. ¡Es un aquelarre con boato!

SUPLICIUM.- (*disfrutándolo*). Tranquilo, solo falta que baile.

VILIPENDIUS.- ¿Me ha guiñado o me ha amenazado con el cuchillo? ¿O las dos cosas?

TRAGICOMIS.- Pero aún no hemos tocado el cielo del deseo, el Olimpo del escándalo... (*Séptimo gong. Entra una mujer deslumbrante, con vestido dorado, melena al viento y una manzana en la mano*). ¡La más bella! ¡La más odiada! Responsable de una guerra, tres divorcios y varios colapsos nerviosos. Le gusta la navegación, forzada, las joyas y las tragedias de larga duración. ¡Una tempestad en forma de mujer! ¡La cara que lanzó mil barcos! ¡Con todos ustedes... Elena de Rodas! (*Elena da un giro espectacular, lanza la manzana a Vilipendius y se va bailando*).

LISTONIO.- (*irónico*). ¡Perfecto! ¡Ahora una diosa de portada! Claro. Sencillo. Nada sospechoso.

SUPLICIUM.- Reconócelo... Tiene presencia. Y manzana de atrezo. ¡Eso no se improvisa!

VILIPENDIUS.- (*tocándose el pecho donde le dio la manzana*). ¿Esto cuenta como intento de seducción... o de guerra?

TRAGICOMIS.- *(aún más intenso)*. Y para continuar esta pasarela de pasiones... *(Octavo gong. Aparece una mujer con una antorcha, moviéndose como en trance. Tragicomis habla con susurros reverentes)*. Ella lo ve *todo*, aunque nadie la cree. Habla con dioses, con muertos y, a veces, con las paredes. Su estilo es «apocalipsis andante» y su perfume es de incienso y desesperación. ¡Una visionaria, una mártir, una incomprensida total! ¿Podrás llegar donde no llegó el mismísimo Apolo? ¡La sacerdotisa del drama... Casiandra! *(Casiandra se detiene, señala a Vilipendius y dice en voz solemne: «¡Si te acuestas conmigo, arderá la ciudad!»)*. Luego se va, murmurando).

LISTONIO.- *(con los ojos en blanco)*. ¡Maravilloso! ¡Una profetisa lunática! ¿Va también a arrancarle el hígado a los pájaros?

SUPLICIUM.- *(suspira)*. Al menos avisa antes de que todo se arruine. Eso es útil.

VILIPENDIUS.- Yo solo pregunté el precio. ¡Y ya me ha condenado!

ESCENA XVII

SUPLICIUM, VIRTUDIA, LISTONIO, VILIPENDIUS, TRAGICOMIS

TRAGICOMIS.- *(entonando, con mística oriental exagerada)*. ¡Silencio en la sala! ¡Contened el aliento! Lo que vais a ver no es una mujer, es un poema de carne y perfume. Un mapa sentimental que Roma jamás se atrevió a dibujar *(Otro gong más, para no perder la costumbre. Entra Virtudia, vestida con ropajes brillantes. Paso medido. Mirada al frente)*. ¡Con ustedes, la única, la inimitable! Princesa de la Estepa Azul. Duquesa de las Arenas. Nieta de los Rubíes del Amanecer y heredera del efímero trono de Estafazúr Deltodomanesh I. Reina de los olores que arruinan imperios y de las sopas que queman almas. No preguntéis de dónde viene. Ni por qué huele a nardo, mirra...y arrepentimiento. Su historia es tan trágica que solo se susurra a la luna. ¡Lukrizara... de los Aromos del Este! *(Virtudia hace una reverencia perfecta pero rápida, lanza una mirada para que todo acabe pronto y se queda de pie con los brazos cruzados)*.

VIRTUDIA.- *(entre dientes, sin perder la sonrisa)*. Si añade más títulos, me va a dar urticaria.

SUPLICIUM.- ¡Sshhh! ¡Eso es parte del encanto! *(Con tono conciliador)*. Tú camina. Con esa cara, ya tienes media venta hecha.

VILIPENDIUS.- *(mirando a Virtudia con mezcla de fascinación y sospecha)*. Vale, esta no grita ni lleva puñales. Ya me cae mejor.

SUPLICIUM.- *(con media sonrisa)*. Pues cuidado. Esa es la que más duele.

LISTONIO.- Mira, si llegas a comprarla... ¡Por todos los dioses inmortales del Olimpo! No habrá rufián, proxeneta, ni vividor en toda Atenas que te llegue ni a las sandalias. Te forrarás, te bañarás en denarios. Tus clientes te darán sus fincas por verla sonreír, sus esclavos por un guiño, ¡sus túnicas! Vendrá la gente más rica, los senadores, los generales, los filósofos hasta los poetas, ¡y esos no pisan ni las tabernas! Todos formarán cola delante de tu casa, como si vendieras ambrosía.

VILIPENDIUS.- ¡Anda ya! ¡No pienso dejar entrar a nadie!

LISTONIO.- ¿¡Que no los vas a dejar entrar!? ¡Ja! ¡No hace falta! ¡Vendrán igual! Te digo que van a acampar en tu puerta como si estuvieran esperando entradas para los Juegos Olímpicos. Le cantarán serenatas día y noche, ¡y noche y día!, desafinando como gatos en celo, con flautas, arpas, timbales, ¡y hasta con cacerolas si hace falta! Te llenarán la entrada de flores, de cartas perfumadas, ¡de papiros con corazoncitos dibujados con tinta roja! ¡Te van a colapsar la puerta de meter papeles por debajo! ¡Te dejarán pergaminos enrollados en forma de paloma, con mensajitos ridículos como «Eres más bella que el Partenón iluminado»! Y eso no es lo peor. Algunos, desesperados por no poder verla, ¡le van a prender fuego a la puerta! ¡A tu puerta! ¡Por

amor, dirán! Otros traerán arietes, ¡arietes!, como si fueran a asaltar Troya. Uno ya me ha preguntado si se puede alquilar un elefante para derribar el portón. ¡Un elefante, Vilipendius! Así que escucha: esa puerta de madera tuya... olvídala. ¡No vale ni para fogata! Tienes que poner una de hierro. Hierro puro, hierro templado, ¡hierro de ese que ni Hércules con su hercúlea fuerza puede doblar! Umbral de hierro, bisagras de hierro, aldaba de hierro, cerrojo de hierro, ¡todo de hierro! ¡Y nada de escatimar, eh! Que no quiero verte comprando hierro de saldo, del que se oxida solo con una lágrima de

emoción. Y más aún: ponte tú unos grilletes de hierro en los pies. ¡Sí, tú! Porque como salgas cinco minutos a comprar pan, ¡zas! Te la levantan. Desaparece. Se esfuma. ¡Como si nunca hubiera existido! ¡Y tú ahí, llorando delante de una puerta ardiendo, mientras un poeta con la túnica mal planchada le susurra versos cursis... (*Listonio se agita, gesticula, casi entra en trance apocalíptico mientras Vilipendius empieza a imaginarlo todo como si fuera una realidad inevitable*).

VILIPENDIUS.- ¡Anda y vete al cuerno!

LISTONIO.- ¡Tú... eh, compra a la joven, hazme caso!

VILIPENDIUS.- Vale, pero primero quiero saber cuánto cuesta (*acercándose a Tragicomis*). Decíme, estimado... Eh... ¿comerciante?

TRAGICOMIS (*al instante*). ¿Comerciante? Curador de memorias vivas, embajador de las emociones embotelladas, albacea de las pasiones orientales.

VILIPENDIUS.- Ajá. ¿cuánto cuesta?

TRAGICOMIS.- ¿Cree que el alma de una mujer que ha sobrevivido a tres guerras, dos promesas rotas y una tormenta del desierto puede tener precio?

VILIPENDIUS.- Que los dioses te acompañen si el precio es justo.

LISTONIO.- De verdad, no vas a encontrar mejor trato.

TRAGICOMIS.- Bueno, ¿estás interesado en la princesa?

VILIPENDIUS.- Si tú tienes prisa por vender, yo podría comprarla.

TRAGICOMIS.- Pues haz una oferta.

VILIPENDIUS.- Pon tú el precio. Es tuya, ¿no?

TRAGICOMIS.- Vale, pero te advierto: no hay devoluciones.

VILIPENDIUS.- Entendido. Di cuánto pides.

LISTONIO.- ¡Eh, eh! Antes pregúntale a ella quién es, de dónde viene... ¡Que no te estafen!

VILIPENDIUS.- ¡Tienes razón! Casi meto la pata. Es importante llevar a alguien listo contigo para no acabar engañado.

SUPLICIUM.- Pues eso, infórmate bien de la chica antes de cerrar trato.

VILIPENDIUS.- (*a Virtudia*). ¿Puedo hacerte unas preguntas?

VIRTUDIA.- Claro, lo que quieras.

LISTONIO.- (*a Virtudia, bajito*). Venga, empieza fuerte.

VIRTUDIA.- Tranquilo, esto va a salir redondo.

LISTONIO.- Vamos allá.

VILIPENDIUS.- ¿Cómo te llamas?

VIRTUDIA.- En mi tierra me llamaban Lukrizara de los Aromos del Este, pero mis amigos me llaman Lucraria.

LISTONIO.- Ese nombre trae suerte. ¿A qué esperas para comprarla?

VILIPENDIUS.- Si te compro, seguro que me das beneficios.

LISTONIO.- No vas a tenerla como esclava mucho tiempo, ya lo verás.

VILIPENDIUS.- ¿Dónde naciste?

VIRTUDIA.- Según mi padre, en el patio, al lado del corral.

LISTONIO.- ¡Qué jocosa! Hasta bromea con eso.

VILIPENDIUS.- Me refiero a tu país, tu patria.

VIRTUDIA.- Pues donde estoy ahora. Esta es mi patria mientras sea esclava aquí.

VILIPENDIUS.- Pero antes, ¿de dónde eras?

VIRTUDIA.- ¿Para qué hablar de lo que ya no existe? ¿Preguntar por los muertos sirve de algo?

LISTONIO.- ¡Qué bien lo ha dicho! Qué clase tiene esta chica...

VILIPENDIUS.- Bueno, ¿y tu padre?

VIRTUDIA.- Lo perdió todo, hasta el apetito (*lo último con algo de retintín*). Ya no queda nada de lo que fue.

VILIPENDIUS.- ¿Y cómo se llamaba?

VIRTUDIA.- No vale la pena recordar el nombre de un desdichado.

VILIPENDIUS.- ¿Era conocido en su pueblo?

VIRTUDIA.- Lo respetaban todos. Esclavos y libres lo querían.

LISTONIO.- Seguro que viene de buena familia.

VILIPENDIUS.- Me la quedo.

VIRTUDIA.- Te aviso: si mi padre se entera, vendrá a liberarme.

LISTONIO.- ¿Lo oyes?

VIRTUDIA.- Aunque perdió sus riquezas, aún tiene amigos fieles.

VILIPENDIUS.- Si haces las cosas bien, pronto serás libre. ¿Quieres ser mía?

VIRTUDIA.- Mientras no sea para siempre, vale.

LISTONIO.- ¡Esta chica te hará rico como un cónsul! Venga, veamos el precio final.

TRAGICOMIS.- ¿La quieres comprar?

VILIPENDIUS.- Mejor eso que perderla.

TRAGICOMIS.- Te la dejo por... ¡Cien denarios! Incluye nombre exótico, pasado ambiguo y posibilidad de redención trágica.

VILIPENDIUS.- ¡Eso es una locura!

TRAGICOMIS.- Ochenta. Pero sin la mirada de reproche. Esa va aparte.

VILIPENDIUS.- ¡Sigue siendo demasiado!

TRAGICOMIS.- 60. Ni una menos. Y si dudas más, subo a setenta por estrés emocional.

VILIPENDIUS.- (*a Listonio*). ¿Qué opinas?

LISTONIO.- Si no la compras, estás loco. Y si la compras, también, pero con más estilo.

VILIPENDIUS.- Trato hecho.

LISTONIO.- ¡Vamos! ¡Has triunfado como Las Grecas!

TRAGICOMIS.- Un detalle: los vestidos van aparte. Diez denarios más.

VILIPENDIUS.- ¡Diez menos, no más!

LISTONIO.- ¡Shh! ¿No ves que está buscando excusa para echarse atrás? ¡Corre a por los denarios!

VILIPENDIUS.- Vigílalo tú mientras.

LISTONIO.- ¡Que sí, pesao, vete ya!

ESCENA XVIII

LISTONIO, VIRTUDIA, SUPPLICIUM

LISTONIO.- Has estado magnífica, Virtudia. Con cabeza, temple... de diez (*hace el gesto de X con las manos*).

VIRTUDIA.- Cuando se ayuda a buena gente, el esfuerzo siempre vale la pena (*aparte*). Aunque no se merezcan el espectáculo que acabo de dar.

LISTONIO.- (*a Tragicomis*). Y tú, persa... atento: en cuanto te den el dinero, haz como que te vas directo al puerto.

TRAGICOMIS.- (*asintiendo con una solemnidad innecesaria*). Por supuesto. Caminaré como quien abandona un imperio o una historia de amor imposible.

LISTONIO.- Luego te das la vuelta por la calleja y entras por el corral, a casa.

TRAGICOMIS.- Perfecto. Disfrazado de recuerdo. Y con el paso del que ha dejado huella sin dejar dirección.

SUPPLICIUM.- Pero cuidado, ¿eh? Ni se te ocurra irte a tu casa con la bolsa.

TRAGICOMIS.- (*ofendido, dramático*). ¿Insinúas que yo, embajador de las emociones embotelladas, haría algo tan vulgar como quedarme con el dinero?

LISTONIO y SUPPLICIUM.- Sí.

TRAGICOMIS.- (*pausa larga, suspira*). Bien pensado. Mejor lo dejamos claro.

LISTONIO.- Silencio. Basta de charla. Ya viene el botín.

ESCENA XIX

VILIPENDIUS, SUPPLICIUM, LISTONIO, TRAGICOMIS

VILIPENDIUS.- (*entrando con la bolsa de dinero*). Aquí tienes los setenta denarios de plata pura... aunque te he quitado dos.

TRAGICOMIS.- ¿Y eso por qué?

VILIPENDIUS.- Dos menos, por la bolsa. Que también vale lo suyo.

TRAGICOMIS.- ¡Bandido, eso eres! ¿Temías no parecer lo bastante rufián si no descontabas algo, eh? ¡O es que tu alma siente apego por las bolsas viejas, cerdo avariento!

LISTONIO.- Déjalo, anda. Es un rufián, no se le puede pedir más.

VILIPENDIUS.- Hoy los dioses me sonríen en temas de dinero. No pienso dejar escapar ni una moneda, por pequeña que sea. Anda, toma.

TRAGICOMIS.- ¿Necesitáis algo más? ¿Un soneto, una lágrima falsa, una garantía?

LISTONIO.- ¿Y esa prisa ahora?

TRAGICOMIS.- Tengo deberes: entregar unas cartas. Y, además, me han dicho que mi hermano gemelo está aquí, esclavizado. Quiero encontrarlo y comprar su libertad.

LISTONIO.- ¡Pues ahora que lo dices! Juraría que he visto por aquí a uno igualito a ti.

TRAGICOMIS.- Seguro que es él.

VILIPENDIUS.- ¿Y tú cómo te llamas?

SUPPLICIUM.- ¿Eso a ti qué te importa?

VILIPENDIUS: Hombre, un poco de cortesía, ¿no?

TRAGICOMIS.- Escucha bien, que allá en Persia usamos nombres muy finos: Quetimph-Portahti... Quetimph-Portahti III.

VILIPENDIUS.- Vaya, un nombre que dice mucho.

TRAGICOMIS.- En Persia, los nombres no se eligen, se heredan. Y cada sílaba pesa como una sentencia. ¿Algo más que queráis?

VILIPENDIUS.- Pues que los dioses te acompañen.

TRAGICOMIS: Y a vosotros, que yo ya tengo la cabeza en altamar (*al público*) y el corazón en el acto final.

LISTONIO: ¡Hombre, podrías haberte quedado a cenar esta noche!

TRAGICOMIS.- Otra vez será. *Mamarrasham* (*hace una reverencia exagerada y da media vuelta con teatralidad*).

VILIPENDIUS.- ¿Mamarraqué?

SUPPLICIUM.- No, no, que te ha dicho «adiós» en su idioma. Muy fino todo.

LISTONIO.- Ya se ha ido el persa... Ahora, por fin, podemos hablar. Desde luego, amigo, hoy has tenido un golpe de suerte con tintes de negocio redondo. No has hecho una compra, ¡has hecho el negocio del siglo!

VILIPENDIUS.- Bah, el único que ha salido ganando ha sido él: me vende una esclava robada, se embolsa el dinero y se esfuma. Y si mañana alguien la reclama, ¿qué hago yo? ¿Me embarco rumbo a Persia? ¡Cuentos!

LISTONIO.- Hombre, pues yo esperaba algo más de gratitud, la verdad. Que he puesto alma, astucia... (*al público*) y un poco de teatro.

VILIPENDIUS.- Bueno, basta de charla. Acabo de recordar unos asuntos que debo encargar dentro. Vigíame a la joven mientras, ¿quieres?

LISTONIO.- Queda bajo mi más seria vigilancia (*Vilipendius entra en casa*).

ESCENA XX

LISTONIO, VIRTUDIA, GETALIÓN, SUPPLICIUM VILIPENDIUS

VIRTUDIA.- Mi padre no aparece.

SUPPLICIUM.- ¿Quieres que lo llame?

VIRTUDIA.- Date prisa.

SUPPLICIUM.- (*llamando en voz baja*). ¡Getalión! Es la hora, el escenario te llama.

GETALIÓN.- (*entrando desde el fondo*). Aquí estoy, presto, puesto y dispuesto.

LISTONIO.- Colócate donde no te vean y mantente callado. Cuando veas que hablo con Vilipendius, entras tú y que ruja el trueno.

GETALIÓN.- Entendido. Que el escándalo sea justo y medido, pero escándalo, al fin.

LISTONIO.- Y luego, cuando yo me haya ido...

GETALIÓN.- No sigas. Lo tengo claro. No nací ayer (*Getalión se retira discretamente y al poco vuelve Vilipendius*).

LISTONIO.- ¿Te queda algo más que mandar?

VILIPENDIUS.- Solo que los dioses te acompañen.

LISTONIO.- ¡Pues que así sea! Y para que no digas que no devuelvo el favor, me voy a honrar a tu liberta con mi presencia (*se mete en casa con Supplicium, satisfechos*).

ESCENA XXI

GETALIÓN, VIRTUDIA, VILIPENDIUS

GETALIÓN.- ¡Por Júpiter! Si no acabo con ese infame hoy mismo, que los dioses me partan. ¡Y mira qué fortuna! Ahí lo tienes, plantado en su puerta, más tranquilo que un edil en día de fiesta...

VIRTUDIA.- ¡Salve, padre!

GETALIÓN.- ¡Salve, hija mía!

VILIPENDIUS.- (*viendo la escena*). ¡Ay, ay! ¡Ese persa me ha perdido! ¡Ese falso, con su nombre exótico y sus reverencias!

VIRTUDIA.- Este señor es mi padre, el ciudadano libre al que pertenezco.

VILIPENDIUS.- ¿Tu... padre? No, no, no. Esto no puede ser. ¡Estoy acabado! ¡Adiós, sesenta denarios! Que los dioses los tengan en su gloria.

VIRTUDIA.- *(le corrige).* 58

GETALIÓN.- ¡Por todos los manes del Capitolio! Vas a llorar por algo más que por los denarios, bellaco.

VILIPENDIUS.- ¡Muerto estoy, muerto y enterrado sin epitafio!

GETALIÓN.- Te cito a los tribunales, malnacido.

VILIPENDIUS.- ¿¡Por qué motivo!?

GETALIÓN.- El juez te lo explicará con calma y con su bastón.

VILIPENDIUS.- ¿No vas a llamar a testigos?

GETALIÓN.- ¿Testigos? ¡Por los dioses! ¿Y manchar la dignidad de un ciudadano libre por culpa de un truhan que comercia con hijas ajenas? Ni hablar.

VILIPENDIUS.- ¡Déjame hablar, por favor!

GETALIÓN.- ¡No oigo! Me he vuelto sordo de repente. ¡Y mudo también, para no escucharte! Ven, hija, que nos aguarda el tribunal y, a este, que lo aguarde la justicia.

VIRTUDIA: Como ordenes, padre.

(Salen los dos con paso firme. Vilipendius se va solo, descompuesto).

ESCENA XXII

LISTONIO, CAERMOSINIA, SUPPLICIUM, PROCAXIUS

CAERMOSINIA.- *(saliendo muy crecido, como un general romano al volver de campaña).* ¡Victoria total! El enemigo, machacado; los nuestros, a salvo; el plan, perfecto; el rufián, estafado. ¡Paz en la tierra y gloria a los dioses! *(Se gira hacia el cielo, teatral).* Júpiter, dioses todos, ¡gracias por echarme una mano! He podido vengarme con estilo. Y ahora... ¡se celebra! *(Se asoma a la puerta y grita al interior).* ¡Eh, salid todos, que toca fiesta! Poned los cojines, las uvas, el vino, lo que sea. Hoy toca recompensar a mis colegas por ayudarme. Que una cosa os digo: el que recibe favores y luego se olvida es peor que un centurión con halitosis.

LISTONIO.- *(derretido)* Ay... no hay nada como esto. Anda, mi flor, sentémonos que esta noche es de uva y queso, que saben a beso. Venga, Suplicium, tú también, que te lo has ganado.

SUPPLICIUM.- *(irónico).* Déjate de sitios. A mí dame lo que me prometiste. Tú ya sabes.

LISTONIO.- Todo a su tiempo, impaciente.

SUPPLICIUM.- ¡Yo me estoy viendo que al final no cobro!

CAERMOSINIA.- Relájate y siéntate. Hoy celebramos por todo lo alto. Esto parece mi cumpleaños, pero con más vino *(a los sirvientes).* Venga, Procaxius, espabila y reparte las copas. Y no te las bebas todas, ¿eh?

LISTONIO.- A mi salud, a la vuestra, *(Mirando a Caermosinia)* y sobre todo a la tuya *(brindando con ella).*

CAERMOSINIA.- ¡Chinchín! ¡Va por todos!

ESCENA XXIII

VILIPENDIUS, LISTONIO, SUPPLICIUM, PROCAXIUS, CAERMOSINIA

(Entra Vilipendius despeinado, hecho polvo, mirando al cielo como si lo hubieran arruinado emocional y económicamente. Muy dramático. Muy exagerado).

VILIPENDIUS.- *(hablando al público con lamento teatral).* ¡Yo soy el tipo más desgraciado del mundo mundial! ¡He perdido un dineral! ¡Se... senta... monedas! ¡Y ni siquiera me he quedado con la chica! Todo por culpa de ese pájaro carroñero de Listonio. Ese persa... ¡Era un disfraz! ¡Una trola con patas! Si los dioses me lo conceden, ¡a este Listonio lo encierro, lo encadeno, lo cuelgo patas arriba! Bueno, primero lo encuentro. Pero ¿qué ven mis ojos? ¿Están de fiesta? ¿Con vino y todo? *(Se acerca a ellos. Listonio, Caermosinia, Supplicium, Procaxius están bebiendo vino y riéndose).*

LISTONIO.- *(con una copa en mano).* ¡Hombre, Vilipendius, qué ilusión verte! ¡Mira, justo estamos celebrando que te dejamos más seco que a Cleopatra! ¡Pasa, pasa!

SUPPLICIUM.- *(riendo).* ¡Un aplauso para nuestro invitado de honor: el estafado del año!

VILIPENDIUS.- *(cabreado).* ¡Como se me acerque alguien, le arranco la mano de cuajo!

PROCAXIUS.- *(alegre, con cara de gamberro).* Uy, qué carácter... Mira que yo vengo con ganas de bromear, ¿eh?

VILIPENDIUS.- Pero ¿qué estás diciendo, desgraciado? ¡Tú y esa banda de teatreros me habéis dejado en bragas!

LISTONIO.- Tranquilo, relájate, tómate un vinito. Que no es bueno enfadarse con la tripa vacía *(le pasa una copa a Caermosinia, guiñándole el ojo).*

CAERMOSINIA.- *(dulce y burlona)* Vamos, rufián. ¿No ves que la vida es corta y el vino está fresquito?

VILIPENDIUS.- ¡Si es que me quema el pecho de rabia!

LISTONIO.- *(a Procaxius)* ¿Procaxius, tienes algo para apagar fuegos internos?

PROCAXIUS.- ¡Claro! *(Le tira un poco de vino encima a Vilipendius).* ¡Toma, antiinflamatorio casero!

(Todos se ríen. Vilipendius se enfurece más).

VILIPENDIUS.- ¡Os estáis riendo de mí!

LISTONIO.- No, hombre, ¿cómo se te ocurre? *(Pausa. Sonríe con sarcasmo).* Bueno, sí. Mucho. Bastante. Bastantísimo.

PROCAXIUS.- *(imita a Vilipendius lloriqueando).* «¡Ay, que me han engañado, ay, que me han robado!». ¡Pues claro, campeón! ¿Querías hacer negocio con personas? Pues donde las dan las toman.

VILIPENDIUS.- ¡Esto es una falta de respeto!

CAERMOSINIA.- ¡Ay, Vilipendius, qué manera de perder la dignidad en público!

ESCENA XXIV

**VILIPENDIUS, LISTONIO, SUPPLICIUM, PROCAXIUS, CAERMOSINIA,
VERMICULUS, RÉMULA**

(Entra Vermículus hecho una furia con Rémula detrás).

VERMICULUS.- ¿Y mis dos bueyes? ¡Exijo explicaciones!

(Suplicium mira a Listonio y a los demás con expresión de “estoy muerto”).

SUPPLICIUM.- *(teniendo una idea rápida, responde solemne).* Están ahí mismo... bueyes finísimos de Eretria: solo los ven los hombres verdaderamente entendidos.

LISTONIO.- *(se une rápido al engaño)* Raza imperial: no mugen, no ensucian, no comen... tiran del carro del prestigio.

PROCAXIUS.- *(añadiendo)* Mantenimiento: cero. Garantía: hasta que se miren de frente.

VERMICULUS.- *(duda, traga orgullo)* Sí... sí... ahora los veo... *(titubea).*

RÉMULA.- *(simple, claro)* Abuelo... no hay bueyes.

(Silencio corto. Vermículus mira a Rémula, luego al público).

VERMICULUS.- Que inocente es, solo los ven los entendidos.

TODOS.- Caso resuelto.

(Silencio. Se oye un carraspeo teatral).

ESCENA XXV

**LISTONIO, CAERMOSINIA, SUPPLICIUM, PROCAXIUS, VILIPENDIUS,
VERMICULUS, RÉMULA, SENECA, TRAGICOMIS**

(Aparecen Tragicomis y Senecta, aún con restos del disfraz oriental).

TRAGICOMIS.- *(entrando con teatralidad medida).* ¿Banquete... sin nosotros? ¡Una obra sin epílogo! ¡Un drama sin catarsis! ¡Una injusticia!

SENECTA.- *(seca).* Lleva un rato ahí detrás esperando a que vengan a pedirle autógrafos.

TRAGICOMIS.- *(dando un paso al frente).* ¡Un momento! ¡Un momento! ¡No se baja el telón sin el debido reconocimiento al arte del disfraz, al gesto contenido, a la emoción medida con regla y compás!

SENECTA.- *(levantando la mano con su papiro).* Y al presupuesto. Que no olvidemos el incienso, los velos, las túnicas y las siete musas trágicas a jornada parcial.

SUPPLICIUM.- *(sarcástico).* Ah, sí, claro. ¡Y la música fúnebre que contratasteis «por si acaso»!

TRAGICOMIS.- *(herido).* Cada acorde era pura tragedia. Lo ponía en el contrato.

LISTONIO.- *(a Tragicomis).* Querido Tragicomis, tú eres el verdadero héroe de toda esta historia. Por favor, acepta estas monedas en señal de agradecimiento. *(Senecta y Tragicomis se miran con estupefacción comedida, y sin medida)*

SUPPLICIUM.- *(con indignación mayúscula).* ¿Cómo? ¿Que a él sí le pagas y a mí no?

TRAGICOMIS.- *(con cara de no disfrutar cuando cobra)* Por favor. ¿Un actor cobrando? *(le pega un manotazo a la bolsa haciéndola caer al suelo, con cara de asco...la de él, no la de la bolsa)* ¿dónde se habrá visto eso?

SENECTA.- En todos mis años de profesión, jamás me había sentido tan ofendida.

TRAGICOMIS.- Un verdadero actor se alimenta de su arte y del calor del aplauso de su público. *(hace una reverencia teatral a su público, no al de los demás)* Y ahora, sí, que hable el coro, que tiemble el foro, ¡que cierre la farsa del persa que nunca fue persa! *(Todos lo miran. Él toma aire, se gira hacia el público con una reverencia dramática y entona)*

«Amigos del teatro, del enredo y del vino,
si os vais con cara seria, no olvidéis el camino:
que en Roma... y en Atenas también, dijo Plauto,
no hay trampa mejor que la que roba un aplauso...»

TODOS.- *(rompiendo la cuarta pared, con reverencias exageradas)*. ¡Aplaudan, muchachos, que esta historia no termina en tragedia, sino en carcajada! *(todos a coro)*.

Rufián estafado, princesa falsa,
el persa era un fraude... pero ¡qué buena trampa!
Si os ha hecho reír, no pidáis justicia,
¡que la comedia es venganza servida con risa!

(Última reverencia. Cortinazo. Música de cierre y sanseacabó).